

PELUCA.—Sí, patrón.

SEBASTIÁN.—Ustedes han sido testigos de las amenazas de Manuel, ¿no? Dijo que me mataría... No es cierto?

BERNARDO.—(Por José y Peluca). Yo no sé. Los que lo oyeron fueron esos.

JOSÉ.—Yo, patrón, algunos días, soy medio lerdito del oído.

SEBASTIÁN.—¿Qué hace Marta que no viene? Se ha empeñado en aparrarme la paciencia.

BERNARDO.—(A José). ¿No te atreves a decirle nada?

JOSÉ.—¡Ya, verás! ¿Y luego, vos, no? (A Sebastián). ¡Patrón!

SEBASTIÁN.—(Agrío). ¿Qué querés? ¿Qué hay?

JOSÉ.—Que Manuel, parece que es guapo... ¿verdá, patrón, q'el moicito es valiente?

SEBASTIÁN.—¿Valiente?... ¡Valiente síu... vergüenza!

JOSÉ.—Eso... Eso quería decir yo. (A Bernardo). ¿Has visto? Ahora a vos.

BERNARDO.—(Adelantándose). Pues yo digo, que Manuel, es... eso que ha dicho mi hermano, y no rebajo ni medio.

SEBASTIÁN.—¿Bueno!... Déjenme ahora. (Llamando). ¡Marta!

JOSÉ.—(A Bernardo). Este... ¿Viste cómo se la canté?

BERNARDO.—¿Y yo, soy manco, acaso?

SEBASTIÁN.—(Furioso) ¡Marta!

PETRONA.—(Desde la puerta). No puede venir, patrón.

SEBASTIÁN.—(Con imperio). ¡Yo lo mando!

PETRONA.—Es que la pobre está trastornada... y... además, no quiere venir.

SEBASTIÁN.—Pues vendrá a la fuerza.

PETRONA.—Pero, patrón; vea que anda mal...

ANTONIA.—(Saliedo). Téngala lástima, don Sebastián!

SEBASTIÁN.—¡Que salga, o la sacaré yo a rebeneazos! Vayan adentro y trángala en seguida. (Antonia y Petrona, mutis).

JOSÉ.—(A Bernardo). Yo creo, hermano, que deberíamos tocarnos.

BERNARDO.—Sí, hermanito, porque de no, voy a hacer alguna barbaridad... ¡Ya me conocés! (Se van con Peluca).

SEBASTIÁN y GIMÉNEZ.

GIMÉNEZ (Agitado). ¡Patrón!... ¡Patrón!...

SEBASTIÁN.—¿Qué pasa?

GIMÉNEZ.—Sucedan cosas muy graves, patrón.

SEBASTIÁN.—¿Más todavía? ¡Habla!

GIMÉNEZ.—Acaba de llegar don Juan Ellauri.

SEBASTIÁN.—¿Mi futuro suegro?... ¿En dónde está?

GIMÉNEZ.—En la chacra.

SEBASTIÁN.—¿Qué contratamiento?... Entreténelo vos.

GIMÉNEZ.—No es conveniente.

SEBASTIÁN.—Yo iré luego. En este momento, lo primero en el mundo para mí, es Marta.

GIMÉNEZ.—¿Está ciego, patrón! Vea que al hombre parece que va le han soplado lo que está pasando... Que el casamiento de Marta, no ha sido más que una farsa, que por celos lo han echao a Manuel... En fin; don Juan dice que viene a deshacer el compromiso del otro casorio.

SEBASTIÁN.—En ese caso, vamos. (A José y Bernardo que asoman por el foro, y que sigilosamente lo han hecho varias veces). Ustedes, quédense ahí afuera, para vigilar esta casa... Que nadie entre ni salga, ¿entienden? (A Giménez). Yo vuelvo en seguida aunque se pierda todo.

GIMÉNEZ.—Tenga cuidao, patrón. Vea que lo palpitan.

SEBASTIÁN.—No se me importa nada; volveré. (Vase con Giménez).